

AZORÍN, SAAVEDRA FAJARDO  
AND THE GREAT WAR (1914-1918)

# Azorín, Saavedra Fajardo y la Gran Guerra (1914-1918)

Francisco Javier Díez de Revenga  
**Universidad de Murcia**

---

Fecha recepción 20.10.2014 / Fecha aceptación 06.04.2015

## Resumen

Entre sus crónicas desde París durante la Primera Guerra Mundial, Azorín incluye unos artículos, con el título de «Pinturas viejas», en los que recoge la opinión de Saavedra Fajardo sobre los nacionales de los países en guerra. Las pone en relación con la opinión que se tiene de las gentes de tales países en los años de la Gran Guerra. Azorín adopta una vez más una actitud actualizadora habitual en su tratamiento del pensamiento de Saavedra Fajardo y que cultivó a lo largo de su carrera periodística en numerosos artículos.

## Palabras clave

Azorín, Primera Guerra Mundial, Entre España y Francia, Pinturas Viejas

## Abstract

Among his reports from Paris during World War I, Azorín wrote an article entitled “Old Paints”, in which he records the opinion of Saavedra Fajardo about the inhabitants of countries at war. He draws comparisons with the preconceived views of the people of these countries in the years of the Great War. When looking at Saavedra Fajardo’s thinking, Azorín once again adopts his usual attitude of updating, which he cultivated throughout his journalistic career in numerous articles.

## Key words

Azorín, WWI, “Entre España y Francia”, “Pinturas Viejas” (Old Paints)

Cuatro son los libros que recogen crónicas y artículos escritos y publicados por Azorín durante la Primera Guerra Mundial, escritos para la prensa desde 1914 a 1919, tal como E. Inman Fox detalla en su excelente guía de la obra azoriniana. El más antiguo es *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*<sup>1</sup>, publicado a finales de 1916 o a principios de 1917, ya que el volumen carece de año de impresión. En él recoge artículos de carácter histórico y literario con recuerdos de su primera estancia en Francia como corresponsal de guerra del diario ABC de Madrid. Sigue la colección de reportajes, *París bombardeado*<sup>2</sup>, sobre la vida parisina en 1918, bajo los disparos del famoso cañón «Gran Berta», tal como recuerda José María Valverde<sup>3</sup> en su biografía de Azorín. Este libro ha sido recientemente editado con un espléndido estudio introductorio por Jorge Urrutia<sup>4</sup>.

Otra colección singular es *Los norteamericanos*<sup>5</sup>, que reuniría como conjunto así denominado en el volumen III de sus *Obras completas*<sup>6</sup>, y que refiere la presencia de las tropas de Estados Unidos en territorio francés en la fase final de la guerra. Y, por último, *Con bandera de Francia*<sup>7</sup>, publicado muchos años después, en 1950. En él recuperaría numerosos artículos de sus etapas de corresponsal en París durante la Gran Guerra. Azorín se fue convirtiendo ya en los primeros meses de la guerra, a pesar de trabajar en un periódico absolutamente germanófilo como era ABC, en un decidido partidario de Francia, y como tal se presentará en el subtítulo del primero de los libros recordados hace un momento con el apodo de francófilo.

Nos vamos a referir en esta oportunidad, exclusivamente, a tal recopilación, a *Entre España y Francia*, del que Jorge Urrutia ha opinado que «se presenta como una obra pacifista», ya que, para Azorín, «por primera vez en la historia de la humanidad la guerra no ha sido algo marginal en su evolución, sino que ha conmocionado a toda la sociedad»<sup>8</sup>.

Llama inevitablemente la atención el subtítulo del libro, *Páginas de un francófilo*. ¿Por qué a Azorín le interesaba, a finales de 1916, exhibir su condición de partidario de Francia?

---

1. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, Barcelona-París, 1916-1917.

2. Azorín, *París bombardeado*, Madrid, 1919.

3. J.M. Valverde, *Azorín*, Barcelona, 1971, 324.

4. J. Urrutia, «Paris, el espacio incommovible», introducción a Azorín, *París bombardeado*, Madrid, 2008.

5. Azorín, *Los norteamericanos*, introducción, edición y notas de Laureano Robles, Alicante, 1999.

6. Azorín, *Obras completas*, Madrid, 1947-1954.

7. Azorín, *Con bandera de Francia*, Madrid, 1950.

8. Urrutia, *op. cit.*, 18.

No lo sabemos con exactitud, aunque podemos encontrar una explicación si reparamos en la colección de libros y en la editorial que publica el libro. Para ello es indispensable examinar con detenimiento la edición de 1916 o de los primeros meses de 1917. La publica, en Barcelona, Blond y Gay, editores, que se domicilian en Barcelona y París, aunque la imprenta es española: exactamente, el Establecimiento Tipográfico de Nicolás Poncell, en Igualada, Barcelona. Como utilizamos el ejemplar que se custodia en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, podemos observar algunos aspectos interesantes de la edición, que en otras bibliotecas, que encuadernaron el volumen, no es posible advertir.

Es indispensable atender al anuncio editorial de la contraportada en el que figuran libros relacionados con la situación europea del momento: *La guerra injusta*, de Armando Palacio Valdés; *La campana Rolando*, de J. Joergensen, versión castellana de Fernando Melgar; *Las sotanas bajo la metralla*, de René Gäell, presbítero, soldado sanitario, prólogo del general Humbel; *La guerra alemana y el catolicismo*, por monseñor Alfred Baudrillat y Denis Cochin; *Alemania y los aliados ante la conciencia cristiana*, por Georges Gioyau y monseñor Chapon, obispo de Niza; *El martirio del clero belga*, por Augusto Melot, diputado de Namur; *La defensa del ingenio francés*, por René Doumic; *Del siglo XVIII al año sublime*, por Etienne Lamy; *La guerra contada por los soldados*, por Eugenio García Obregón, S. J.; *El desagravio*, por Francisco Melgar; *La mentira anónima*, por Francisco Melgar; y *De Kant a Kuppp. Contra el espíritu alemán*, por Léon Daudet.

Respecto a estos libros hay que señalar que *La campana Rolando*, de J. Joergensen, versión castellana de Fernando Melgar, fue publicada en París y Barcelona, en 1916, bajo el rótulo de Publications du Comité Catholique de Propagande Française a l'Étranger. Respecto al libro de Armando Palacio Valdés, como ya estudió Yvan Lissorges<sup>9</sup>, hay que advertir que recoge los catorce artículos publicados por el autor de *La hermana San Sulpicio* en abril y mayo de 1916 en *El Imparcial* bajo el título genérico de «La guerra injusta», y que tuvieron notable resonancia en España, donde reforzaron la posición de los llamados «aliadófilos» por la aportación de argumentos fuertes sacados de unas reflexiones nacidas de la observación de la realidad europea del momento por un escritor célebre, buen católico y liberal moderado.

Santiago Casas Rabasa, en su estudio «El comité católico de propaganda francesa en España durante la Gran Guerra. Una puesta al día»<sup>10</sup>, señala que, aunque durante la Primera Guerra Mundial España permaneció neutral, se convirtió el país en campo de batalla de las diferentes propagandas de los países en conflicto. Una respuesta francesa a la propaganda alemana en España y, por extensión, en los demás países neutrales, fue la creación del Comité Católico de Propaganda Francesa. Este Comité tuvo la característica de utilizar la tradicional catolicidad española para desarrollar una propaganda de tipo nacionalista. La colaboración entre algunos eclesiásticos y el gobierno francés en pro de Francia fue obra de Alfred Baudri-

9. Y. Lissorges, «Armando Palacio Valdés y Francia. Francia y Armando Palacio Valdés», *Actas del III Congreso Internacional Armando Palacio Valdés y su obra celebrado en Laviana y Avilés (3, 4 y 5 de octubre de 2007)*, Palacio Valdés, asturiano universal, Laviana, 2009, 185-215.

10. S. Casas Rabasa, «El comité católico de propaganda francesa en España durante la Gran Guerra. Una puesta al día», *Hispania Sacra*, LXV Extra 1, enero-junio, 2013, 335-367.

llart, rector del Instituto Católico de París. Baudrillart realizó dos viajes de propaganda a España donde se entrevistó con personalidades políticas, intelectuales y eclesiásticas, poniendo en marcha diversas iniciativas propagandísticas.

El volumen *Alemania y los aliados ante la conciencia cristiana* también fue publicado por el Comité Católico de Propaganda Francesa en el Extranjero, según figura en los créditos editoriales del libro. Los folletos de Francisco Melgar, *Páginas de actualidad*, 1914-1915; *El desagravio*, París, 1915; *La mentira anónima*, París, Blond y Garay, 1916, fueron sufragados generosamente por la Embajada de Francia, según ha averiguado Eduardo González Calleja en su estudio *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*<sup>11</sup>.

Es en este conjunto editorial donde Azorín publica su libro. No es extraño por tanto que exhibiera en el subtítulo su condición de francófilo. Y no nos parece extraño, desde luego si releemos el prólogo del libro:

«Nos hallábamos en el mediodía de Francia en el verano de 1914 y contemplamos —llenos de emoción, de esperanzas— la movilización del ejército. Pocos días después comenzamos nuestra campaña en favor de la bella, la noble, la inmortal Francia. En este volumen van reunidas algunas de las páginas que hemos escrito. Hemos procurado que el presente volumen tenga cierto carácter de permanencia. Amante su autor de las letras, de las artes, debía sentirse preocupado por la cuestión de las relaciones espirituales entre España y Francia. Otros han tratado de la política y de la milicia; otros han escrito de panoramas de la guerra y las escenas de heroísmo. Nosotros, apasionados de Francia, entusiastas de España, hemos creído que debíamos dedicar, en estos años, nuestra pluma a destruir nocivos prejuicios, relativos a dos pueblos y a procurar —dentro de nuestra modestia— una mutua y más cordial y perfecta comprensión.

A Francia hemos vuelto varias veces después de comenzada la guerra. Y ante el verde, suave, dulce paisaje de sus campiñas, renovamos nuestro antiguo amor: ante el suave paisaje de sus campos y en las librerías donde, entre amena charla, vamos buscando los volúmenes novísimos y repasando los viejos autores —savia de un pueblo— que se llaman Montaigne, Molière, Pascal, Descartes, Saint-Beuve...»<sup>12</sup>.

Y así lo firma Azorín en Madrid, diciembre 1916. Pero no es menos interesante el epílogo, en el que Azorín, cargado de futuro, asegura que la humanidad saldrá fortalecida tras la «actual y terrible guerra» «en las vías de la justicia y el progreso»:

«Sonreíd de quienes os digan que, con la presente formidable guerra, vuestros ideales han fracasado. Sonreíd de quienes a la vista de tantos horrores, dan por muertos, para mucho tiempo, aquellos anhelos de confraternidad y de cordialidad que en el mundo propagaban, principalmente, las clases obreras. Sonreíd de quienes —un poco sarcásticamente— os hablan de que lo

---

11. E. González Calleja, *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, 1998, 501.

12. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 5-6.

eterno entre los hombres es la fuerza y que lo fugaz y transitorio son vuestras ilusiones. Sonreíd, finalmente, de todos aquellos —son legión— que, con aires científicos, moviendo paternalmente la cabeza, os vuelven a recordar que la lucha por la vida es perdurable y que las sociedades humanas lucharan eternamente entre sí... Sonreíd, reíd de todo eso. Tened fe, siempre más fe. La lucha entre los hombres no es ley de vida ni de progreso. Decidlo muy alto y con firmísima convicción: la ley de vida, la ley de progreso no es la guerra ni la lucha devastadora del hombre entre el hombre, sino la lucha contra la naturaleza, la lucha contra la materia, para descifrar sus secretos, para adueñarse de sus arcanas propiedades, para que nosotros hombres, podamos lentamente, con trabajo ir extendiendo más nuestra fuerza gracias a las energías misteriosas que la madre —la Tierra— guarda cuidadosamente.

La guerra es la trama y nervio del progreso. La actual y terrible guerra no hará detenerse en su marcha ascendente a la humanidad. En vez de marcar un retroceso, o un estacionamiento en la vida del nuevo derecho, de la moderna sensibilidad, de la moderna moral, esta guerra ha puesto de manifiesto cuán hondo y copioso era el tesoro de esa sensibilidad nueva. Contando con la relatividad de las proporciones, comparad la manera cómo ha visto y sentido ahora la humanidad la guerra, a cómo ha visto y sentido otras guerras anteriores. ¡Qué emoción tan intensa ahora y qué modo de pensar y repensar sobre la lucha y todos sus aspectos! La vida espiritual del planeta gira toda alrededor de la guerra; no hay más que la guerra en la conciencia universal; el dolor de la guerra, la preocupación por la guerra, ha entrado en todos los corazones y ocupa todos los cerebros. Pensadores, artistas, poetas, alimentan sus obras de los sentimientos de la guerra. ¿Cuándo ha ocurrido esto en el mundo? La humanidad entera, de uno a otro polo, sintiendo el dolor, pensando en el dolor, ¿creéis que es espectáculo que se ha visto alguna vez en la historia, desde que los hombres han surgido sobre la Tierra? Y ¿creéis que este pensar y repensar universales en el dolor no ha de producir lógicamente, fatalmente, un nuevo avance en las vías de la justicia, del progreso?

No en vano la humanidad se habrá revelado a sí misma este tesoro de sensibilidad. Una nueva era comenzará para Europa y para el mundo. Tengamos fe, más fe»<sup>13</sup>.

*Entre España y Francia* contiene un conjunto de artículos de 1914-1915 titulado «Pinturas viejas», cuyos textos aparecieron en *ABC*, el último día de 1914 y los primeros de 1915 (31 de diciembre de 1914, 6, 9, 13 y 18 de enero de 1915), en total cinco ensayos sobre la opinión que merecieron a Saavedra los franceses, los ingleses y los alemanes a través de numerosos textos extractados de las *Empresas*. Los cinco artículos aparecieron en lugar destacado en el periódico (los de los días 31 de diciembre, 6 y 9 de enero en tercera página, el del 18 en segunda y el del 13 en quinta) y todos ellos se titulaban «Francia», con el subtítulo de «Pinturas viejas», que sería el que los titularía al incluirlos en la edición de *Entre España y Francia*.

En ellos, exactamente, Azorín se refiere a cómo «pinta» Saavedra a los nacionales de estos países, y de ahí procede el título de «Pinturas viejas», que da al conjunto de los artículos. Interesa mucho que Azorín recoja estas opiniones del diplomático murciano porque su pretensión no es otra que ponerlas en relación con la opinión que en los años en que Azorín es-

13. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 219-220.

cribe los artículos se tiene de las gentes de tales países. Se puede advertir entonces que Azorín adopta una vez más una actitud actualizadora habitual en su tratamiento del pensamiento de Saavedra Fajardo y que cultivó a lo largo de su carrera periodística en numerosos artículos, como recogimos en nuestra edición de 1993. Los resultados son harto curiosos, ya que muy poco tiene que ver la Europa de 1640 y la de 1914, aunque en algo coinciden: en la guerra. Saavedra asistió a la guerra de su siglo, la de los treinta años, en la que unos europeos luchaban contra otros; Azorín asiste también desde París a la guerra, cuando Europa está nuevamente en plena conflagración, y los caracteres de los europeos beligerantes interesan, desde luego, a sus lectores de *ABC* y, posteriormente a los de su libro francófilo *Entre España y Francia*.

Según Azorín, Saavedra, junto a Gracián, inició, en pleno siglo XVII, la preocupación por la decadencia de España, actitud luego desarrollarían en el XVIII Cadalso, Jovellanos o Cabarrús y así lo señala en su artículo titulado «La decadencia de España», de 1907, integrado en *Clásicos y modernos*:

«Las opiniones de Gracián y Saavedra Fajardo sobre la decadencia de España son sintomáticas; se trata de dos de los más insignes pensadores del siglo XVII; representan con sus juicios una corriente ideológica que entonces se inició y que ha de llegar sin interrumpirse hasta nuestros días; hasta nuestros días, en que un gran pensador —don Joaquín Costa— ha de dar una forma pasional, dramática, a esa aspiración secular»<sup>14</sup>.

En «Pinturas viejas», parte Azorín de la idea del determinismo a la hora de juzgar a los nacionales de un concreto país, y sobre todo cuando esas ideas las ve reflejadas en un escritor clásico, en el que encuentra un «retrato moral» o «etopeya» de pueblos y naciones. Y lo que se plantea es enfrentar la opinión del autor escogido sobre la «realidad observada hace dos o tres siglos, con la realidad actual». Este es el proceso de actualización que lleva a Azorín a resultados sorprendentes: «Cervantes, Saavedra Fajardo, Gracián, nos hablan de Inglaterra, de Francia, de Alemania» y recuerda también la interesante opinión de Garcilaso de la Vega sobre los franceses. Pero se centra, en el momento crucial de finales de 1914, y desde Francia, en Saavedra Fajardo, por una razón que proclama desde el principio:

«Saavedra ha sido, de todos los españoles del siglo XVII, el más europeo. Gracián tenía una ávida curiosidad intelectual circunscrita, pero no se movió de su biblioteca; todo su comercio fue con los libros. Saavedra, en cambio, viajó mucho y trató a la gente más conspicua y selecta de su tiempo»<sup>15</sup>.

Y recuerda el conocido texto de las *Empresas políticas*, en las que el escritor áureo confiesa que compuso el libro durante su ir y venir por las tierras de Europa, «en la trabajosa ociosidad de mis continuos viajes por Alemania y por otras provincias..., escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino», por lo que, escribe el maestro de Monóvar, no se podrá tachar a Saavedra de falta de comunicación con el mundo:

---

14. Azorín, «La decadencia de España», *Clásicos y modernos*, Madrid, 1913.

15. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 22.

«Saavedra es un viajero infatigable, y su inteligencia está siempre alerta, siempre vigilante, siempre deseosa de conocer y de aprender; el mismo se plañe de la poca curiosidad que tiene los españoles, y deplora que siendo España, por su situación geográfica, a propósito para desde ella partir fácilmente hacia todas las partes del mundo, permanezcan los españoles metidos en casa, retraídos de la vida universal, cerrados a todo trato con las naciones»<sup>16</sup>.

Todo porque Azorín consideró las *Empresas* una enciclopedia de ciencia política y de observación psicológica, aún en ese momento sin estudiar:

«Todavía no ha sido estudiado este libro capital de nuestra literatura clásica. Todavía no se sabe lo que hay aquí. Y aquí hay de todo: una tendencia pragmatista —como decimos ahora—, vitalista, de autoridad y de tradición, mezclada a un impulso de novedad, de espíritu revolucionario, intelectualista. Es curioso ir observando los matices, las gradaciones, los distinguos, los incisivos intencionados que, a lo largo de estas páginas, surgen al choque continuado del hombre de gobierno que tiene la vista fija en la realidad del presente y el viajero cosmopolita enamorado de las innovaciones y novedades. Sobre este punto precisamente de las «novedades» se pueden leer cosas interesantes en las *Empresas*, y, en el fondo, la obra de Saavedra no es más que un debate entre la novedad y la antigüedad; es decir, entre la tradición y la innovación...»<sup>17</sup>.

Lo más interesante en «Pinturas viejas» es la selección de textos que ofrece Azorín de Saavedra Fajardo, procedentes de las *Empresas* para reflejar la distinción que ya en el xvii el diplomático de Felipe iv hacía entre los que en 1914 son los aliados (Inglaterra y sobre todo Francia) y Alemania, que Saavedra juzga con extraordinaria severidad y dureza, con dramatismo sorprendente, en unos textos que Azorín transmite con toda la intención política a sus lectores de *ABC* para mostrar que los alemanes siguen siendo especialmente despiadados. Y esto, claro está, originó la consiguiente polémica en la prensa del Madrid del momento, como hemos de ver.

«¡Cómo pinta Saavedra a los franceses, a los ingleses y a los alemanes?» es la pregunta inicial, que relaciona Azorín con el determinismo imperante en ese momento en el pensamiento europeo, citando incluso al célebre Hipólito Taine, pero, eso sí, marcando diferencias. «Saavedra, como Taine, es un hombre de observación minuciosa y aguda. Saavedra, por la índole de sus elevados cargos en las cortes europeas, ha podido observar. Es de suponer, por lo tanto, que sus retratos son, salvo detalles secundarios, conformes a la realidad de 1640»<sup>18</sup>.

Es importante para el maestro de Monóvar asegurar que Saavedra está legitimado, como nadie en la España de su tiempo, para emitir estos juicios, y para confirmar su autoridad en la materia, sin desvíos ni tergiversaciones subjetivas, destaca y asegura que lo ha conseguido solo observando: porque observar es lo que otorga a las impresiones del

16. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 23.

17. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 22.

18. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 24-25.

diplomático de Felipe IV la imprescindible y deseada o ansiada objetividad, la autenticidad, la verdad... Y todo muy en relación con la tierra en la que estos habitantes viven, con el medio geográfico en el que habitan. «Saavedra no juzga al hombre separado de la tierra, para él influye en el hombre el medio».

A pesar del posible «cosmopolitismo» del mundo ya en el siglo XVII y del «incesante intercambio», Saavedra afirma: «siempre quedan en las naciones unas inclinaciones y calidades particulares a cada una, que aun en los forasteros (si habitan largo tiempo) se imprimen». Determinismo distinto del de Hipólito Taine, porque es determinismo pero «con ciertas prudentes y cautas reservas»<sup>19</sup>.

Asegurada la autoridad y la objetividad de Saavedra Fajardo, procede Azorín a elaborar las correspondientes actualizaciones, insistiendo en la fecha de estas consideraciones: 1640. Y para ello comienza con los retratos, algo que ya lleva a cabo en el segundo de los artículos. Los primeros, los alemanes:

«En Alemania la variedad de religiones, las guerras civiles, las naciones que militan en ella han corrompido la candidez de sus ánimos y su ingenuidad antigua. Y como las materias más delicadas, si se corrompen, quedan más dañadas, así donde ha tocado la malicia extranjera ha dejado más sospechosos los ánimos y más pervertido el buen trato»<sup>20</sup>.

Y se detiene para apostillar en esta frase «Falta en algunos la fe pública.» con dos palabras entre paréntesis y entre signos de admiración: «(¡Bélgica, Bélgica!)». «Falta en algunos la fe pública. Las injurias y los beneficios escriben en cera, y lo que se les promete en bronce.» Interrumpe de nuevo para destacar, esta palabras como «otra frase de actualidad»: «El horror de tantos males ha encrudecido los ánimos, y ni aman ni se compadecen.» Destaca Azorín que Saavedra añora tiempos pasados en los que los alemanes, respecto al presente de 1640 eran mucho mejores, aunque en el presente son más poderosas las buenas costumbres que en otras las buenas leyes, algo que considera Azorín «Fina y exacta observación», observación, por cierto, que explicará Azorín con todo detalle más tarde, como hemos de ver. Y sigue transcribiendo textos rigurosos del diplomático áureo:

«Todas las artes se ejercitan con gran primor. La nobleza se conserva con mucha atención; de que puede gloriarse entre todas las naciones. La obediencia en la guerra y la tolerancia es grande, y los corazones, animosos y fuertes. Hase perdido el respeto al Imperio, habiendo éste, pródigo de sí mismo, repartido su grandeza entre los príncipes, y disimulado la usurpación de muchas provincias y la demasiada libertad de las ciudades libres, causa de sus mismas inquietudes, por la desunión deste cuerpo poderoso»<sup>21</sup>.

El mismo Azorín aporta el dato. Son textos presentes en la empresa LXXXI. Pero continúa con textos, ahora, de la empresa LXXXV, en la que Saavedra asegura que los alemanes son

---

19. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 26.

20. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 26.

21. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 27-28.

tardos en obrar y perezosos en ejecutar, tienen por consejero al tiempo presente, sin atender al pasado y al futuro. La perseverancia, asegura Azorín, la meticulosidad y la escrupulosidad de los alemanes eran ya una realidad en tiempos de Saavedra:

«Siempre los halla nuevos el suceso. De donde ha nacido el haber adelantado poco sus cosas, con ser una nación que por su valor, por su inclinación a las armas y por el número de la gente pudiera extender mucho sus dominios. A esta misma causa se puede atribuir la prolijidad de las guerras civiles que hoy padece el Imperio, las cuales se hubieran ya extinguido con la resolución y la celeridad. Pero por consejos flojos, tenidos por prudentes, hemos visto deshechos sobre el Reno grandes ejércitos sin obrar, habiendo podido penetrar por Francia y reducilla a la paz universal»<sup>22</sup>.

Continúa Azorín transcribiendo los retratos de Saavedra Fajardo y comentando extremos mientras actualiza opiniones. Ahora le toca a los franceses:

«Los franceses son corteses, afables y belicosos. Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus, se apagan. Ni saben contenerse en su país ni mantenerse en el ajeno: impacientes y ligeros. A los ojos son amables, al trato insufribles, no pudiéndose conformar la viveza y libertad de sus acciones con el sosiego de las demás naciones. Florecen entre ellos todas las ciencias y las artes»<sup>23</sup>.

Las reflexiones de Azorín a este y al siguiente texto, procedente la empresa LXXXV, van en la dirección actualizadora, advirtiendo que en el presente los franceses ya no son tan teatrales gracias a un general, paciente y reflexivo, que ha conseguido que sus ejércitos se han acomodado a un nuevo sistema «distinto del teatral y efectista de antaño». Comentario propicio a los franceses del presente que revela la clara inclinación de Azorín en su favor. Lo que confirma su carácter, reflejado por Saavedra en el segundo texto recopilado:

«Los franceses, impacientes, ni miran al tiempo pasado ni reparan en el presente, y suelen, con el ardor de sus ánimos, exceder en lo atrevido y apresurado de sus resoluciones. Pero muchas veces esto mismo las hace felices, porque no dan en lo tibio y alcanzan a la velocidad de los casos»<sup>24</sup>.

Y con la transcripción el retrato de los ingleses, termina el segundo de los artículos que promete comentar en el siguiente, ya el tercero:

---

22. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 28.

23. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 30.

24. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 31.

«Los ingleses son graves y severos. Satisfechos de sí mismos, se arrojan gloriosamente a la muerte, aunque tal vez suele moverlos más un ímpetu feroz y resuelto que la elección. En la mar son valientes, y también en la tierra cuando el largo uso los ha hecho a las armas»<sup>25</sup>.

Considera este último retrato irreprochable y no ve en él nada que pueda ser considerado ofensivo además de que destaca que cuantos reproches hace Saavedra a los franceses son superficiales, «simples molestias sociales» sin que sus observaciones atengan directamente a la esencia del carácter humano civilizado. Y sentencia el maestro: «Pero del retrato que Saavedra hace de los alemanes, hay cosa más seria».

La desaparición de la candidez y la ingenuidad, la falta de fe pública, y sobre todo destaca la frase, que luego utilizará la prensa de aquellos días, de que ni aman ni se compadecen, que considera frase terminante, aunque destaca la prudencia del observador, Saavedra Fajardo que al fin y al cabo ha de convivir en la nación con los censurados alemanes, porque inevitablemente dulcifica algunas alusiones, en su condición de «habilísimo diplomático», pero aun así los califica de pérfidos, desleales, crueles...

Pero no contento con estas observaciones, Azorín traerá un texto mucho más duro escrito por Saavedra, y que será el que habrá de desencadenar la polémica en la prensa madrileña de aquellos días. Es un texto muy extenso, que Azorín transcribe completo, y es un texto de una dureza incuestionable, que revela la pluma viva y lúcida del gran escritor y observador que Saavedra Fajardo llevaba dentro. Prepara Azorín a sus lectores y les avisa de que «ahora (claro signo de su opción actualizadora), puesta la vista en los horrores de la actual guerra» van a tener la oportunidad de ver una nueva pintura de Saavedra, otra más, pero esta de las «tremendas atrocidades» realizadas en las presentes Alemania, Borgoña y Lorena. Y avisa de nuevo que nos hallamos en el siglo XVII. Sin embargo, «la lengua castellana pocas veces habrá sido más expresiva», y se disculpa, como nos disculpamos nosotros también en esta ocasión: «Damos el texto íntegro y seguido, sin interrupción de comentarios que desluzcan el efecto total. Perdónesenos la extensión de la cita; pero ya se irá viendo que este fragmento, tan soberbiamente escrito, valía la pena ser reproducido, sin quitar una tilde»:

«¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vio en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida

---

25. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 31.

se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y, para que descubriesen las riquezas escondidas, los colgaban de los pies y de otras partes obscenas, y los metían en hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal en el dolor ajeno de aquéllos, partes de sus entrañas, lo que no podía el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no le tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro. Los lagos no estaban seguros de la codicia, ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantados los mármoles para buscar lo que en ellos estaba escondido. No hay arte mágica y diabólica que no se ejercitase en el descubrimiento del oro y de la plata. A manos de la crueldad y de la codicia murieron muchos millones de personas...»<sup>26</sup>.

Y el comentario de Azorín, como no podía ser de otro modo, tras asegurar que su pintura es del siglo XVII, no se hace esperar: «No ha adelantado la humanidad, en cuanto a la guerra, largo camino»... «Sería cosa de que la prensa amiga de Francia las divulgara». Con lo que cierra el artículo tercero. Y es a comienzo del cuarto cuando se hace eco de las reacciones de los periódicos madrileños, a las que nos vamos a referir detalladamente para cerrar esta aportación:

«Nuestro artículo anterior ha sido diversa y abundantemente comentado. Lo han aprobado periódicos de la izquierda, como *El País*, *España Nueva* *El Radical*. Lo han combatido órganos de la derecha, como *El Debate*. Nuestra gratitud a los primeros, nuestra respetuosa consideración a los segundos, porque consideración respetuosa merece el adversario que combate leal y cortésmente»<sup>27</sup>.

Es interesante leer hoy lo que esos periódicos insertaron en sus páginas. En el caso de *España Nueva*, en primera página del 10 de enero de 1915, y a dos columnas, se limitaron a reproducir el texto de Saavedra, con unos titulares muy artísticos que indican: «Alemania, la bárbara. Siempre fue igual. El maestro Azorín reproduce hoy en *ABC* estos párrafos de Saavedra Fajardo, que relatan los horrores cometidos por los alemanes en el siglo XVII». Reproducimos en apéndice los textos de *El País*, una columna en tercera página muy favorable, con reproducción de las mismas palabras de Saavedra Fajardo, y de *El Debate*, en primera página y a tres columnas, con una serie de argumentaciones totalmente contrarias a la actitud de Azorín, ya que el editorialista busca en la historia ejemplos de salvajismo llevados a cabo por las naciones aliadas, entre ellas Francia.

Y, ante las observaciones que le hace *El Debate* la respuesta de Azorín es, como era de esperar, contundente y concisa, lo que hace tras agradecer los apoyos de los otros periódicos

26. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 34.

27. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 37.

cos, y por respeto y lealtad a estos colegas favorables se decide a contestar al no favorable o menos favorable. Se concentra en dos puntos solamente, que denomina cuestiones: primera cuestión: juicio de Saavedra Fajardo sobre franceses y alemanes. Segunda cuestión: relato que Saavedra Fajardo hace de las atrocidades cometidas por los alemanes en la guerra. Y dejando bien claro: «No hemos dicho que Saavedra Fajardo fuera francófilo. No hay nadie que pueda haberlo leído en un artículo nuestro. No nos interesa el que se le llame a Saavedra Fajardo francófilo o germanófilo. No, no y no». machaca el maestro de Monóvar con energía.

Respecto a la primera cuestión, la respuesta es muy clara. Se ha limitado a transcribir textos de las empresas LXXXI y LXXXV y reitera que lo que él ha dicho es lo que de los franceses trata atañe a la periferia de carácter, a cosas superficiales, mientras que de los alemanes atiende más a la entraña y es «cosa más honda». Y así se advierte en que el adjetivo más duro que dirige a los franceses es que son insufribles, calificativo que le parece a Azorín una referencia al trato de los franceses, a sus relaciones, a su vida diaria, a sus formas, a sus maneras.

Respecto a los alemanes se defiende basándose en el propio Saavedra y en la consideración que tiene de estos nacional, para lo cual utiliza dos tintas: una, sombría; otra, clara. Y recoge de nuevo textos saavedrianos para probar su aserto hasta llegar a la frase clave: «El horror de tantos males ha endurecido los ánimos, que ni aman ni se compadecen», junto a otras frases cercanas que revelan la deshumanización de los alemanes profunda desde la perspectiva de Saavedra. Y en el aspecto de lo que considera la parte suave alude de nuevo a la consideración de Alemania como no mala del todo en comparación con otros países, y un nuevo comentario, insoslayable sobre la enigmática frase de Saavedra, que citó en otro de sus artículos, y que no explicó: «Pero, aunque está así Alemania, no le podemos negar que generalmente son más poderosas en ella las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes». Y el divertido comentario de Azorín:

«¡Ah, querido diplomático, valiente consuelo le dais a Alemania! *En otras partes las buenas leyes...* ¿En qué partes? ¿En cualquier país? Como si dijéramos: España es un país de malos políticos; pero estando como está España, todavía está mejor que otros países. Pues ¡no nos consuela ese consuelo! ¡Ah, ladino y sutil diplomático!»<sup>28</sup>.

Y termina la réplica y el cuarto artículo refiriéndose a las atrocidades de los alemanes transcritas en el texto de Saavedra, aludiendo claramente a su condición de autoridad en la materia como habitante muchos años de Alemania y como conocedor del terreno. Sin duda son el «prestigio» y la «autoridad» de Saavedra los que han justificado todos los argumentos elaborados en este conjunto de artículos, por lo que lógicamente alude, al final, a estas dos positivas facultades del diplomático murciano:

«No nos importa ni para qué cuenta los hechos que relata, ni si es amigo o enemigo de Francia o de Alemania. Volvemos a decir que no hemos hablado de tal cosa... Lo que queremos hacer constar es lo siguiente: ¿Cuenta esos hechos Saavedra? Sí. ¿Han sido realizados esos hechos?

---

28. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 43.

Nosotros, ateniéndonos al prestigio y a la autoridad de Saavedra y a lo que por otra parte nos dice la historia, contestamos: Sí»<sup>29</sup>.

Y con esto termina en el conjunto de artículos la presencia de Saavedra Fajardo, porque en el quinto de los textos, ya Azorín se referirá a Lope de Vega y los comentarios de un personaje alemán de *El peregrino en su patria* sobre los españoles en esa obra lopesca. La perspectiva contraria de lo que ha venido tratando en los anteriores artículos.

Mucha trascendencia, no cabe duda, debieron de tener estos artículos escritos desde París por Azorín. Y una última referencia puede probarlo: En el diario *El Tiempo* de Murcia, un colaborador habitual, Miravete, escribe en el periódico de 11 de enero de 1915 un artículo sobre Saavedra Fajardo y la calidad de sus *Empresas* debida a su capacidad de análisis psicológico. Y, acabado el artículo, tras la firma anota brevemente unas palabras con las que cerramos las nuestras:

«Al regreso de una corta ausencia y después de escritas las anteriores líneas, nos encontramos en un número atrasado del «ABC» con un artículo de Azorín comentando la pintura que hacía Saavedra del carácter de los pueblos hoy beligerantes. Nos felicitamos de que tan sutil y analizador espíritu saque a luz los tesoros de observación del autor de las *Empresas*, y esperamos con impaciencia los artículos que han de seguir»<sup>30</sup>.

---

29. Azorín, *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)*, op. cit., 44- 45.

30. Miravete, *El tiempo de Murcia*, 11 de enero de 1915, 22.

## APÉNDICE

### 1

#### LOS ALEMANES NI AMAN NI SE COMPADECEN

*El País*, 10 de enero de 1915, página 3:

Dedícase «Azorín», no sabemos con cuál resultado, a desasnar a los germanófilos. Difícil es persuadirlos de que se apeen de su burro.

Con mucho arte y no escasa erudición ha entresacado de las obras de Saavedra Fajardo lo que este grande escritor, diplomático y viajero había escrito de alemanes, franceses e ingleses.

De los primeros dijo que «ni aman ni se compadecen, ni respetan la fe pública», y en Bélgica ha quedado probado lo bien que observaba el literato y lo bien que se conserva la raza alemana.

Ayer nos da «Azorín» en *ABC* esta larga y muy interesante cita del mismo autor, la que adereza con un preámbulo y un comentario que nos parece oportunísimo conservar en la reproducción:

«Ahora, puesta la vista en los horrores de la actual guerra, va a ver el lector una pintura que hace Saavedra Fajardo de las tremendas atrocidades realizadas «en las presentes de Alemania, Borgoña y Lorena». Nos hallamos en el siglo XVII. La lengua castellana pocas veces habrá sido más expresiva. Damos el relato íntegro y seguido, sin interrupción de comentarios que desluzcan el efecto total. Perdónesenos la extensión de la cita; pero ya se irá viendo que este fragmento, tan soberbiamente escrito, valía la pena de ser reproducido sin quitar una tilde. Dice Saavedra:

¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vio en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida

se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y, para que descubriesen las riquezas escondidas, los colgaban de los pies y de otras partes obscenas, y los metían en hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal en el dolor ajeno de aquéllos, partes de sus entrañas, lo que no podía el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no le tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro. Los lagos no estaban seguros de la codicia, ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantados los mármoles para buscar lo que en ellos estaba escondido. No hay arte mágica y diabólica que no se ejercitase en el descubrimiento del oro y de la plata. A manos de la crueldad y de la codicia murieron muchos millones de personas...»

Tal escribe Saavedra Fajardo. Su pintura es del siglo XVII. No ha adelantado la humanidad, en cuanto a la guerra, largo camino. Al lado de esta página pueden ponerse las que: la «Revista de Ambos Mundos» publica en su número del 1 del corriente mes. Sería cosa de que la Prensa amiga de Francia las divulgara.

## 2

### TODO MENOS FRANCIA. DÍCESE QUE EL JAPÓN ENVIARÁ UN EMBAJADOR CERCA DEL VATICANO. ¿LOS ITALIANOS CONTRA INGLATERRA?

*El Debate*, 10 de enero de 2015, página 1.

*Azorín* tiene un nombre justamente adquirido de publicista concienzudo y sereno.

Por eso nos extraña que haya, en *ABC*, y con la firma de *Azorín*, un artículo que en parte copia *España Nueva*, entre llamativos primores tipográficos.

La Alemania actual no comenzó a formarse antes de la segunda mitad del siglo XVIII; es un pueblo relativamente joven en el cual muy poco hallarás de los siglos XVII y XVIII.

Mas sea de esto lo que fuere. Tómense como artículos de fe las aseveraciones de Saavedra Fajardo, tan falible y apasionable como cualquiera, y hasta supongamos que todas las atrocidades relatadas por el excelso filósofo y diplomático español se refieren a los tudescos nada más.

Todavía el argumento de *Azorín* será especioso.

De cualquier país insertaríamos fácilmente textos de escritores clásicos semejantes a los de Saavedra. ¡Cuántos párrafos de la historia del cisma de Inglaterra, escrita por el P. Pedro de Ribadeneira, causan verdadero horror! ¡Qué crueldades no mandó cometer la que nuestro Góngora llamara:

...«Reina no;  
Sino loba libidinosa y fiera.»

contra los católicos? ¿No ha leído *Azorín* la vida y martirio del beato Edmundo Campiano? Y de las fechorías de los hugonotes franceses ¿no sabe nada? Pues los sicarios de la revolución francesa, los que asomaban el corazón de la princesa de Lamballe, clavado en una pica a la ventana de la estancia de la torre del Temple, donde gemía la reina María Antonieta, los que asesinaban a sus compatriotas a cañonazos, los de las matanzas de la Conserjería, etc., etc., etc. ¿eran mansos corderos? ¿Qué historiador de aquellos días y sucesos, por hijo de la revolución que se proclamase, deja de narrar horrores cual ni antes ni después ha presenciado el mundo?

Para leer sanguinarios y bárbaros hechos de los italianos basta con abrir la *Divina Comedia*; y ¿no digamos los historiadores del Renacimiento!

En qué autor no encontraremos execraciones contra el torvo salvajismo moscovita?

De nuestra Patria... ¡Más vale callar! Hablaron excesivamente los detractores de la Inquisición, y de nuestra dominación en América, y los caricaturistas de Felipe II y los Austrias...

¡No! Ni la etopeya que en un momento de superficialidad trazó Saavedra Fajardo es admisible, ni el linaje de argumentación de *Azorín* digno de él ni de pensador alguno sensato.